

Tres novelas bien condimentadas

WALTER GARIB

A menudo, ciertos escritores se quejan de no disponer de una buena trama para escribir. "Está todo dicho", sentencia un novelista de barbas de profeta, pero si fuese de verdad profeta al menos se le ocurriría algún tema. Otro, de mirada lánguida y de figura seca como un embalse nortino, desde hace una década escribe y rescribe una novela, cuyo argumento cambia una y otra vez. Su meta, como lo explica en los cenáculos y a donde le permiten hablar, es conseguir una obra perfecta, en la cual no falte ni sobre una coma.

Alguien, a riesgo de provocar sus iras, comenta que el exceso de pulimiento mata la espontaneidad y que por ese camino puede llegar a lo perfecto, aunque desprovisto de alma.

Nuestro escritor replica que él no desea entregar a la posteridad ninguna bazofia literaria, porque cualquiera en estos días coge la pluma, la máquina de escribir o el procesador de textos y se lanza a dar palos de ciego, para concluir más olvidado y perdido que senador vitalicio.

Este preámbulo podría ser innecesario si se desea hablar de tres novelas que en estos meses he leído de Enrique Germán Liñero, Isabel Velasco y Enrique Volpe, todos ellos de madura trayectoria y que no se han propuesto estrujar el magín tras el argumento aún no abordado por nadie.

Liñero, ya lo expuse en otro comentario, es escritor de oficio, certero en sus análisis, y que en su

novela que recién he leído Los compañeros de la acera, consigue crear personajes vitales, de existencias minúsculas pero dotadas de humanidad.

Es justamente lo que sirve, alejado de lo pretencioso y de ese afán perturbador para diseñar la obra "maestra". El tema, que podría ser recurrente, se desarrolla en el barrio Recoleta, donde conviven Anita y sus dos amores: el negro y Ernesto, que junto al Señor del Diván, el Hombre de la Pata de Palo y otros, conforman un grupo humano de firme trazo.

"La acera -dice Juan Rivano en el prólogo- es lo primero que pisamos al salir de casa".

En Camino del Alba, Isabel Velasco aborda el tema del conflicto de las familias de la burguesía. Ahí chocan sentimientos encontrados, en medio de la soledad y la constante búsqueda de la felicidad, tan esquiva como el azogue. Se sitúa en las antípodas de Liñero, pero sus personajes también son vivos, existen y deben salir a la acera, como cualquiera mortal. Su visión -de quien maneja a voluntad situaciones complejas- es sutil, donde el análisis de una clase social determinada le otorga credibilidad. Aun cuando la mayor producción de Velasco es en el campo de la poesía, su prosa es igual de llamativa.

Sorprende su mordacidad, nada de común en nuestros narradores. Ya en Recuerdos del olvido (1988), su anterior novela, pudimos valorar la seguridad para delinear sus personajes, sean éstos afincados en el medio rural como

en el urbano.

Siempre he pensado que a Enrique Volpe, autor de la novela Responso para un bandolero (LOM 1996), le sobran los temas para escribir. Arma un cuento de la nada y debido a la versatilidad de oficios que ha realizado en su vida, aún le queda en el tintero suficiente material inédito.

En esta novela, aborda la historia de un famoso bandido, don Segundo Catalán, el temible Corralero, quien no muere acibillado por las balas de la policía, como el Nato Eloy al interior de Pirque, sino por la implacable vejez.

Desarrollada en forma de *racconto*, la novela narra paso a paso la vida de este bandido y de otros compinches suyos. Las fechorías cometidas por el Corralero en los cerros de Chicurco o de Chacabuco, lo convierten en un personaje mítico. Sus andanzas incluyen Renca y otra zonas próximas a Santiago, en cuyos prostíbulos y cantinas deja impresa su huella de quien desprecia la vida, aunque teme a la muerte. Por sus páginas, donde se observa el tono poético de la prosa, se desliza parte de la historia de Chile, no siempre contada con la pasión y veracidad de un escritor del temple de Enrique Vope.

Tres novelas distintas, con enfoques particulares que hablan muy bien de la buena salud de nuestra narrativa, hecha por escritores maduros y exigentes en el uso de la palabra.

AA F 4670

2

33

